

Florilegio alcazareño

No creo que en el mundo haya una satisfacción mayor que la de crear y criar y algo de creación tiene el ver difundidos y compartidos los propios sentimientos y que brotan a distancia como las plantas frondosas que ahijan y proliferan poblando la montaña, porque la tierra se continua y las plantas arraigan y progresan aunque no lo parezca y de cuando en cuando surge un brote vigoroso donde parecía que la tierra estaba seca.

No son pocos los reencuentros que Alcázar ha tenido con sus hijos merced a esta siembra, aunque como pasa siempre en la naturaleza, la semilla haya de ser abundante y la germinación escasa por infinidad de circunstancias.

Ahora ha surgido de pronto, pero evidentemente con larga elaboración, esta colección de estampas alcazareñas que revelan, aparte de las cualidades del artista, un sentimiento profundo de la tierra natal lejana, sin que importe a qué distancia, un deleite mental contemplativo y una añoranza permanente del propio solar y de todo lo que la vida le fue poniendo entre los pies.

Este alcazareño y prestigioso dibujante es Gabriel Ruiz Aranda, aunque él se firma «Mata» con toda propiedad por ser nieto de "Gabriel Mata" e hijo de Emiliano, el mayor de este. Y por otra razón más natural y ennoblecedora, porque todo el mundo se lo dice y nada mejor que llevar como apodo sin serlo, pero con todas las cualidades de claridad, cordialidad y llaneza y como firma artística, el apellido, no precisamente de Gabriel, sino de su mujer, Dionisia Mata, cuya personalidad fue tan relevante y tan influyente que dió nombre a toda la familia, empezando por el hombre, Gabriel Ruiz Morollón, molinero en su juventud que al casarse con la Dionisia cambió de todo, hasta de apellido y pusieron la tabernilla que fue otra de las que quedaron en la calle de la estación al cambiarse al paseo la puerta de entrada a la misma, en los tiempos que Gabriel hizo la gran manzana de casas que ocuparon media calle entre él y Cristobal. El caso de la Dionisia es otro de los muchos casos notables de mujeres alcazareñas que se vienen comentando.

Hay además en este caso y de sobra evidente en cada dibujo, una marcada influencia de los usos y costumbres que han rodeado al artista durante largos años y deforman los recuerdos alterando las figuras genuinamente alcazareñas, que son, por otra parte, regocijado motivo de ocupación y entretenimiento al recordarlos y abocetarlos con el solo recuerdo de haberlas visto mientras se jugaba correteando por las calles.

Recibimos estos trabajos con especial satisfacción, reconociendo y respetando, no solo la libre iniciativa del autor, sino también sus gustos y motivos artísticos de su inspiración, pero no se puede omitir el comentario que nos ponga de acuerdo con los observadores que todo lo tienen presente y que no deben olvidar que son dibujos y no retratos, que no